



Lanzarote como figura Crística: Misticismo y sacrificio en *El caballero de la carreta* de Chrétien de Troyes

Lancelot as a Christ-like figure: Mysticism and sacrifice in Chrétien de Troyes Lancelot, *The Knight of the Cart*

XAVIER ROCA TÍCÓ

xrocat@uao.es

ORCID: 0009-0009-2850-1003

CEU Abat Oliba Universitat

Resum: En este artículo se analiza cómo Chrétien de Troyes retrata a Lanzarote como una figura crística en *El caballero de la carreta*. La autonegación de Lanzarote al subir a la carreta, la antítesis entre la tierra de Logres y la Tierra de Gorre, su encuentro con la lanza de Longinos, el misterio de la losa de mármol que solo él puede mover y su paso por el puente de la espada, durante el cual aparecen estigmas en su cuerpo, son elementos que consolidan su imagen como un redentor. Estos aspectos simbolizan su sacrificio y misión redentora, destacando la habilidad de Chrétien de Troyes para entrelazar religión y literatura en una narrativa profundamente espiritual y simbólica.

Paraules clau: Lanzarote, amor oblativo, Chrétien de Troyes, simbología cristiana, sacrificio

Abstract: This article examines how Chrétien de Troyes portrays Lancelot as a Christ-like figure in *Lancelot, the Knight of the Cart*. Lancelot's self-denial in riding the cart, the antithesis between the land of Logres and the Land of Gorre, his encounter with the Lance of Longinus, the mystery of the marble slab that only he can move, and his passage over the sword bridge, during which stigmata appear on his body, are elements that consolidate his image as a redeemer. These aspects symbolize his sacrifice and redemptive mission, highlighting Chrétien de Troyes' ability to intertwine religion and literature in a narrative that is deeply spiritual and symbolic.

Keywords: Lancelot, Oblative Love, Chrétien de Troyes, Christian Symbolism, Sacrifice

DATA PRESENTACIÓ: 24/07/2024 ACCEPTACIÓ: 1/09/2024 · PUBLICACIÓ: 22/12/2024

1. En un tiempo de Ascensión

Junto al rey Arturo se congrega su corte, descrita como rica y hermosa, compuesta por nobles caballeros, la reina y numerosas damas de notable belleza quienes *bien parlant an langue françoise*, es decir, con cortesía. En este entorno agradable, especialmente embellecido por las gentes que lo ocupan y por el lenguaje que emplean, tiene lugar el inicio del *romans de la Charrette*.

Antes de situarnos en el espacio (la corte), el primer verso del roman nos ofrece el tiempo interno de la obra, mencionado como «una» Ascensión —con determinante indefinido—, lo que sugiere la posibilidad de ser cualquier tiempo desde la primera Ascensión. Este primer verso es especialmente relevante, pues enmarca la obra dentro de un tiempo absoluto, indicando que lo que está por leerse podrá leerse siempre y siempre gozará de actualidad. Chrétien de Troyes aclara este punto en la introducción del *Erec y Erine* cuando dice: *Des or comancerai l'estoire / Qui toz jorz mes iert an memoire / Tant con durra crestiantez*, confirmando así que escribe para que sus textos perduren dentro de un tiempo, que es el de la cristiandad. Para Chrétien, la escritura es una herramienta de perdurabilidad en contra de aquellos juglares que recitan los versos de memoria destrozando y corrompiendo (*Depecier et corrompre*) las historias y es que, en el caso de la escritura de sus romans, las palabras crean imágenes frágiles y cada palabra importa. El primer verso del *Chevalier de la Charette* le sirve al autor para realizar una ingeniosa conexión desde el prólogo —tiempo real de escritura— con el sustantivo «*antancion*», es decir, «intención o atención» por su etimología latina, con su par sucesivo «*une acenssion*» —tiempo absoluto— desde el que pretende introducir al lector en una ficción donde el tiempo pertenece a una dimensión atemporal.

Leonor de Aquitania, mecenas de la obra, sugirió según su autor el tema y el sentido de la obra, pero verdaderamente es Chrétien, su autor, quien nos ofrece con este juego de palabras la clave para hacer una verdadera exégesis de este roman, como queriendo decir que el tema central del roman es el de «una ascensión», de ahí también el determinante indefinido. No únicamente nos sitúa en un tiempo agradable, el de la Ascensión que cae en primavera —más aún en 1077, fecha en que Chrétien se encontraría en la Champaña escribiendo la obra—, sino que desde el primer verso, como si fuera introductorio, se dice «Et dit qu'à une Acenssion».¹

En cualquier caso, en los primeros versos de la obra y una vez presentada la cortesía de la corte del rey Arturo, Chrétien de Troyes detiene su mirada en un personaje, el primer caballero de la corte del rey Arturo del que se nos dice el nombre propio: Keu, el senescal, que se encuentra en la mesa comiendo con los condestables. De hecho, primero se presenta a la corte con todas sus gracias y, después a Keu, insinuando quizás que él no tiene nada de lo que la corte sí es poseedora o como advirtiéndonos de un caballero muy concreto del que nos conviene estar atentos y que por este motivo se le presenta por separado. Pronto se verá que será su vanagloria y su descortesía, propias de Keu en todos los romans de Chrétien, el motor primero del roman *de la Charrette* y el motivo por el cual la Ascensión será más que necesaria.

¹ En el original de Bibliothèque nationale de France. Département des Manuscrits. Français 794 dice: «Et dit q'une acenssion».

Entonces entra Meleagant, un personaje que contrasta desde el primer momento con la corte, pues *nel' salua pas, einz li dist*. Cuando lo propio de la corte y la caballería es saludar, Meleagant no lo hace expresamente sino que entra en la sala y se dirige al rey con los siguientes términos:

«Rois Artus, j'ai en ma prison
De ta terre et de ta meison
Chevaliers, dames et puceles,
Mès ne t'an di pas les noveles
Por ce que les te vuelle randre;
Ençois te voel dire et aprandre
Que tu n'as force nè avoir
Par quoi tu les puisses avoir;
Et saches bien qu'ainsi morras
Que jà aidier ne lor porras».

[«Rey Arturo, tengo en mi prisión / de tu tierra y de tu mesnada / caballeros, damas y doncellas,
/ pero no te digo las nuevas porque te las quiera devolver; / escucha lo que te quiero decir y enseñar / que no tienes fuerza ni poder / para que los pudieras tener; y que sepas bien que antes morirás / que poderlos ayudar»].

En primer lugar, Meleagant —caballero antitético a la corte artúrica— habla de otra tierra y de otra mesnada. En esta coordinación (*De ta terre et de ta meison*) se aumenta la fuerza del segundo verso con la repetición de la estructura sintáctica: preposición, determinante posesivo y nombre. Hay una tierra y una mesnada de esta tierra en la otra, que se encuentra en cautiverio, en la tierra de Gorre que es este «otro mundo» o *orbis alius*, el mundo *sin retorno* pues nadie tiene poder para sacarlos del cautiverio.

El rey Arturo le contesta entonces que solo le queda resignarse a sufrir, pues entiende que son ciertas las palabras de Meleagant. En los diálogos de los romans de Chrétien, las palabras de los caballeros adquieren una solemnidad de las que, por nada del mundo, nadie dudaría de la veracidad de lo que enuncian, a pesar de que hay momentos en los que los caballeros juran hablar con verdad, como si tuvieran alternativa posible. La palabra del caballero siempre introduce una ceremonia y siempre se dirigen unos a otros con tonos graves, formales y absolutamente corteses. El único personaje que no se rige por estas normas es el impulsivo Keu, quien cree ser el más alto de los caballeros y el más entendido en caballerías —más incluso que Perceval— y termina siendo reprobado en todos los casos quedando en ridícula evidencia a ojos de la corte artúrica. Keu es un personaje excesivo en cuanto a su comportamiento.

El rey Arturo, pues, se resigna a vivir el sufrimiento (*soffrir*) de no poder hacer nada, pero el caballero que hacía ademán de salir de la sala se vuelve a hacia él y le dice:

«Rois, s'a ta cort chevalier a
Nès .i. an cui tu te fiasse
Que la reïne li osasse
Baillier por mener an ce bois
Après moi, là où je m'an vois,
Par un covant l'i atandrai
Que les prisons toz te randrai,
Qui sont an prison an ma terre,
Se il la puei vers moi conquerre
Et tant face qu'il l'an ramaint».

[Rey, si hay en tu corte un caballero, al / menos, de quien tu te fiasas / a quien le entregues a la reina / para conducirla al bosque detrás de mí, allí a dónde me veo / allí lo esperaré con la promesa / de que los prisioneros volverán / aquellos que están en una prisión de mi tierra / si la puede conquistar contra mí y tiene tanta cara de traerla de vuelta].

Nótese cómo se refuerza en este caso el *orbis alius* «*qui sont an prison an ma terre*» que se hace rimar con *conquerre* y contrasta con el segundo verso de su intervención anterior (*De ta terre et de ta meison*). Claramente hay dos tierras, la de la mesnada y la del cautiverio, la tuya y la mía dice Meleangant. L. Carasso-Bulow ha visto en estas líneas el «mundo de la muerte» que contrasta, como ya se ha dicho con la ideal corte del rey Arturo: “An examination of the beginning of Lancelot reveals how Chrétien presents Arthur’s court to be an ideal world and how he opposes this world to other more fantastic worlds, that is, to worlds which depart from the normality of the base world” (Carrasco-Bulow 1976: 37).

Este es un caso atípico en los roman de Chrétien. En *Erec y Eneide*, el día después de la Pascua, nos adentramos en la floresta, por orden de Arturo, a la caza del Ciervo Blanco y es allí donde se encuentran el caballero, la doncella y el enano que darán principio a la aventura. En el *Chevalier au lion*, reunida la corte el día de Pentecostés, Yvain escucha un relato que lo mueve a la *quête* (búsqueda). En *Lis contes del graal*, aunque estamos también en primavera, no hay un tiempo litúrgico que enmarque la salida fuera del ordinario, y se concreta la salida con la obtención de las armas bermejas y la recuperación del cáliz que se han sustraído de la corte. Pero aquí, en el *Chevalier de la Charrette*, el caballero no tendrá que salir de la corte para encontrar la aventura, sino que es la aventura que se presenta en la corte artúrica diciendo: «*Se il la puei vers moi conquerre, et tant face qu'il l'an ramaint*». La aventura, en este sentido, viene al encuentro del caballero y se ven movidos a la defensa de la corte por un elemento ajeno que pretende corromperla.

Entonces, Keu, el senescal que ha escuchado las palabras de Meleagant, decide despedirse de la corte. Esto no es otra cosa que un juego para él porque es incapaz de darse cuenta de la trascendencia de todo el asunto. A juzgar por los comentarios de la corte, su actitud no deja de ser orgullosa, excesiva e irracional porque inducirá a engaño al rey y a la reina haciéndoles prometer, sin conocer a qué se comprometen, que él irá a combatir a Meleagant para salvar a los caballeros y poniendo en riesgo la libertad de la reina. Como es esperable, esta actitud desmesurada y altiva traerá consigo consecuencias y es que Keu caerá derrotado y la reina será secuestrada.

En su intento por salvar a la mesnada de Arturo, Keu, valiéndose de sus fuerzas, es rechazado y humillado, pues es su vanagloria y orgullo los que le mueven a enfrentarse al caballero, y no la cortesía ni el amor. En las novelas de Chrétien —y esta no es una excepción—, Keu es un caballero que busca el reconocimiento por medio de las armas, pero Chrétien quiere mostrar que no es mediante las armas que se logra tal proeza. Las armas no están al servicio del reconocimiento caballeresco, sino que las armas son nobles en la medida en que se ponen al servicio de la reparación de una ofensa y, a menudo, de la restauración de algún mal o de alguien que se encuentra en situación de angustia, desesperación o muerte. Por ello, las armas de Keu son fácilmente vencidas y la corte, así como el lector, rechaza su valentía en tanto en cuanto no está al servicio de un bien mayor, sino que persigue su propia alabanza, su ser.

2. El caballero de la Carreta

En cambio, el héroe escogido para la aventura no será otro que Lanzarote, el caballero de la carreta. Lanzarote y la carreta crearán un vínculo indisoluble y será necesaria la carreta para el enaltecimiento de su figura y para que se dé la Ascensión con la que, desde el primer verso, se quiere enmarcar su figura.

Lanzarote ha salido a la aventura para rescatar a la reina después de la derrota por las armas de Keu. En ese momento, se encuentra con un «enano asqueroso» y le pregunta si sabe dónde se encuentra la reina. Entonces, el enano, le dice:

*Einz li dist : “Se tu viax monter
Sor la charrete que je main,
Savoir porras jusqu’a demain
Que la reine est devenue.”*

[Él le dice: “Si quieres montar / en la carreta que llevo / podrás saber mañana / qué ha sucedido con la reina]

La carreta se define en la misma obra como una pena reservada para delincuentes, pero no de cualquier tipo, sino para aquellos que han cometido «traïson ou mutre» (traición o muerte) y para «larrons» (ladrones). La carreta es signo de oprobio, deshonra e ignominia y, como se ve más adelante, es un signo de rechazo absoluto —es una herramienta más propia del campesino que del noble—. Se dice en el texto que no es la razón la que lo empuja a subir para salvar a la reina y con ella a la mesnada de la tierra de Arturo, sino el Amor: “*Mes Amors est el cuer anclose qui li comandē et semont que tost an la charrete mont*”.

Es significativo que la carreta sea una pena reservada para asesinos y traidores y por otro lado, según el original francés con una separación de un verso, para ladrones. Estos son los dos delitos por los que, tal y como explica la *Declaración de José de Arimatea* del Evangelio apócrifo de Nicodemo fueron condenados Gestas, conocido como «el mal ladrón» y Dimas, «el buen ladrón».

Pablo Olivares sostiene que durante la Edad Media la historia de estos dos hombres, Gestas y Dimas, fue reimaginada a través de los años y que “la crónica de los bandidos asumió vida propia, y se transformó en una narración completa y detallada” (Olivares 2019: 6) en la que un ladrón o malfactor estaría condenado a la izquierda (Gestas) y el otro a la derecha de Cristo (Dimas), donde el primero, además de un ladrón, sería un asesino, un traidor y un impío y el segundo un ladrón arrepentido, piadoso y caritativo.

En el momento de la redacción de este roman, todas las leyendas (escritos y objetos) que rodeaban a la figura de José de Arimatea eran muy considerados y Chrétien debía de tenerlos muy presentes como los tuvo, por ejemplo, con la redacción de *Lis contes* con la presencia simbólica de la sacratísima sangre de Jesucristo en la lanza y el grial. La imagen de Jesucristo crucificado en el calvario asume una importancia sustancial pues, en este tiempo, están muy presentes la Vera Cruz (Cirlot 2014: 36), que era tratada como un amuleto durante las cruzadas en Jerusalén, la sangre de Cristo, recogida del pie de la Cruz por José de Arimatea y posteriormente recuperada por Teodorico de Alsacia en su viaje a Tierra Santa en 1147, y las historias apócrifas de José de Arimatea recogidas en el apócrifo evangelio de Nicodemo de las que la iconografía del siglo XII y XIII y las miniaturas de los manuscritos de Chrétien atestiguan el eco de su leyenda, así como la construcción de un proyecto genealógico de Robert de Boron y el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach participan del engrandecimiento de su figura (Cirlot 2017: 49).

Así, en este orden, de izquierda a derecha se presenta la pena de Gestas (*traïson ou mutrè*) y después la de Dimas (*larrons*). Así, aquel que sube a la carreta es siempre señalado, y es ese señalamiento el que persigue a Lanzarote a partir de este momento y, sabiendo que está en riesgo su honra, sube sin oponer resistencia y nunca se justifica, como el cordero llevado al matadero.

Se establece, pues, una fuerte analogía entre la carreta y la cruz. El que sube a la cruz o a la carreta, primero debe “odiarse a sí mismo” de manera voluntaria. Por tanto, es aquí donde Lanzarote asume el papel de figura crística y se convierte en este *miles Christi* (soldado de Cristo), en el instante en el que desplaza la razón para asumir la humillación más absoluta que no es otra que ser contado entre los malhechores sin haber cometido delito. En la pugna entre razón y Amor es este último el que vence y Lanzarote lo hace sin un atisbo de duda porque, a diferencia de Keu, no persigue su gloria, sino la salvación de la reina y de aquellos que esperan en la Tierra de Gore.

Ribart, en referencia al episodio de la carreta, explica que Chrétien muestra este pasaje “in order to show that Salvation is a painful road [...] Salvation is not given, it is a process, an itinerary” (Ribard 2013: 65) como haciendo referencia al más que conocido pasaje bíblico de San Lucas en el que Cristo dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mateo 16: 24). Esta es la consideración de la vida cristiana que se respira en la obra de Chrétien. La salvación de los cautivos no consiste únicamente en el hecho simbólico de subirse a una carreta y abrazar la humillación, es decir, no es un mero acto de valentía (coger una cruz), sino en hacer un recorrido (sígame) sin huir de ella y sin justificarla, llevando la cruz a cuestas como hizo Jesucristo en su calvario.

Este episodio se presenta, pues, como un paso fundamental para Lanzarote que lo eleva (estamos en Ascensión) en su humillación —como Cristo en la cruz es elevado en su humillación— y da comienzo a su misión salvífica. La humillación, esta negación de sí mismo de forma voluntaria, se sella con la llegada de Galván: el caballero valeroso y cortés que ha salido con Lanzarote y pregunta también al enano por la reina será incapaz de subir a la carreta porque le parece que es una gran locura (*grant folie*) y es que, humanamente, no tiene sentido cambiar su caballo cortesano por la carreta. Entonces, cabe preguntarse, ¿por qué Lanzarote acepta este absurdo?

Este es el absurdo de la Cruz del que habla san Pablo a los Corintios cuando dice:

“Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el Evangelio, y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo. Pues la predicación de la cruz es una locura —*grant folie*, dice Chrétien— para los que se pierden; mas para los que se salvan es fuerza de Dios” (1Co 1, 17-18).

Estas palabras sabias (vacías de contenido según los exégetas del pasaje de San Pablo) son las que evita también Lanzarote frente a la carreta, porque el caballero no es aquel que justifica sus obras mediante grandes sermones, sino con actuaciones “para que vuestra fe no se funde en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios”. (1Co 2, 5) Y es que, como recuerdan Hemma Herran y Cacho Bleuca (2005: 879), es en San Pablo —auténtico caballero— y su explicación de las *armas de la luz* donde tiene origen la actualización medieval del tópico del *miles Christi* y el significado genuino de los símbolos caballerescos.

3. El castillo de la dama seductora

Los tres seguirán el mismo camino: el enano tirará de la carreta en la que está subido Lanzarote y Galván los sigue con el caballo. Llegan entonces al castillo de la dama seductora, quien pregunta por los delitos cometidos por el caballero. Nadie dice nada, no contestan. Tampoco se justifica Lanzarote, como ya se ha dicho. Una vez han cenado, la dama les conduce hacia su dormitorio, donde hay tres lechos: Dos lechos son altos y largos, el otro se describe como *plus bel* y *plus riche*. La dama seductora les dice que aquella cama, la mejor de las tres y la que ofrece el mejor de los deleites, es una cama reservada solo para «aquel que lo merezca» y les prohíbe acostarse en ella. Entonces, Lanzarote le pregunta por qué esta cama está prohibida y ella le contesta que no tiene siquiera derecho a preguntar, pues ha estado sobre la carreta. La dama seductora le advierte de que si sube a la cama lo pagará muy caro y, a pesar de las advertencias, él decide tumbarse y hacer noche en la cama prohibida.

Esta cama, explica Chrétien, tiene un colcha brocada de amarillo y con estrellas de oro. El color dorado, tradicionalmente, se ha entendido como signo de lo eterno, así como las estrellas nos remiten a un plano trascendente. La colcha hubiera podido, por sí misma, *bien fust a oés un roi metables*, es decir, que estamos frente a un lecho regio, real.

With that third bed, higher than the two others which surround it —just as, in traditional iconography, the cross of Christ is higher than the other two crosses— a bed resembling a catafalque, its “brocaded quilt of gold stars” invoking the cosmic imagery of the night of Calvary. And Lancelot, like his divine model, will there receive a lance blow in “his side” (Ribard 2013: 63).

Y es entonces cuando sucede el encuentro con la lanza que desciende desde el cielo para tener ese encuentro con el caballero. Es una lanza, un elemento que por su verticalidad logra unir cielo y tierra y llega «como un rayo» que «cuida coudre le chevalier», piensa coser al caballero, como escogiéndolo, religando lo que está en el mundo con lo divino, confirmando que es el caballero de la carreta el que debe acostarse en ese lecho, pues ha sido tocado por la lanza. De nuevo un claro simbolismo que hace referencia a la lanza de Longinos, el soldado que atraviesa el costado de Jesucristo.

Así, Lanzarote, confirmado como caballero de Dios, sale del castillo para seguir a Meleagant y se encuentran con una doncella que les dice que Meleagant tiene presa a la reina en el mundo de Gorre, es decir, el mundo del que nadie nunca retorna y todo el que entra queda preso en servidumbre y exilio. Cuando preguntan por el camino que mana hacia esa tierra —*alius orbis*—, ella les dice que hay dos caminos: El puente bajo el Agua, menos peligroso, y El puente de la Espada.

Y aquí es donde se separarán Lanzarote y Galván, pero Lanzarote se encuentra “sumido en sus pensamientos como quien ni fuerza ni defensa tiene contra Amor que le domina” hasta el punto de «olvidarse de sí mismo», sin saber siquiera si existe, sin recordar su nombre ni si va armado o desarmado, ni adónde va ni de dónde viene. Solo recuerda, y en esto piensa —en un claro ejemplo de *furor amoris*—, el motivo por el que lo ha olvidado todo, su amada, y queda absorto en sus pensamientos hasta que es desafiado por el «guardián de la otra ribera» que lo tumba del caballo y se enfrentan, siendo Lanzarote el que obtiene la victoria. Por la merced que tiene Lanzarote hacia una tercera dama, no matará al guardián de la ribera y continuará su camino.

4. La dama seductora

En el camino, una dama hospitalaria lo acoge en su castillo y, al caer la noche, se escucha a unos bandidos que intentan violentarla sexualmente y Lanzarote, obteniendo la victoria, se enfrenta a ellos. La dama querrá acostarse con el caballero y él, por obediencia, se tumba en su lecho pero cuida de no rozarla, pues no es ella la dama de sus ensimismamientos ni por ella el caballero se lanza a la aventura. Ella lo comprende, aunque no hablan del asunto, y respeta la decisión del caballero hasta el punto de ayudarlo en su empresa. Así pues, la dama acompaña a Lanzarote en el camino hasta que se encuentran con el «peine de marfil», que contiene los cabellos dorados de su amada, Ginebra.

El peine de marfil se encuentra sobre una escalinata y el caballero de la carreta sufre tanto su enfermedad de amor (de nuevo, *furor amoris*) que casi cae del caballo. Así, siguen su trayecto hasta encontrarse con un caballero que viene en dirección contraria y está profundamente enamorado de

la dama tentadora e intenta raptarla, pero Lanzarote, que se debe a los débiles y a los indefensos, deberá impedirlo. La dama le suplica que le «garantice su libertad», misión del caballero, así que impide al caballero su propósito y entrarán más adelante en combate en campo abierto y frente a testigos. Cuando llegan a este espacio, todos reconocen al caballero de la carreta y se burlan de él por el hecho de la carreta:

*Et crient tuit parmi les prez:
“Veez le chevalier, veez,
Qui fu menez sor la charrete!
N'i ait mes nul qui s'antremete
De jöer, tant com il i ert;
Dabez ait qui jöer i quiert
Et dabez ait qui daingnera
Jöer, tant com il i sera.*

[Y todos gritan a través de los prados: “¡Mirad al caballero, mirad, que fue llevado en la carreta! Que nadie se atreva a alegrarse mientras esté presente; que nadie quien deseen regocijarse lo hagan, y tampoco aquellos que quieran lamentarse lo hagan mientras esté presente”].

Más adelante dice que las fiestas se habían pausado «por desprecio y ofensa de aquel», pero el padre ve en el caballero de la carreta «alguna virtud» y obliga a su hijo a dejar marchar a la doncella y a Lanzarote. Además, el ánimo de las gentes que antes criticaban a Lanzarote cambia por los actos del padre y ahora ya no maldicen al caballero, sino que maldicen a aquel que no festeje. Después, Lanzarote se va con la doncella y tras ellos, para observar al caballero y saber más de él, van el padre y el hijo, también a caballo y sin ser vistos.

5. El sepulcro de Lanzarote

Llegan los primeros, Lanzarote y la doncella, a un *locus amoenus*, motivo propio de la materia de Bretaña: un lugar muy bello, donde hay un monasterio. Y Lanzarote entra en el monasterio para rezar, diciendo el narrador que “no se portó como villano ni como necio” que es lo mismo que afirmar su contrario, claro. Una vez ha terminado de rezar le ruega a un monje muy viejo (sabio) que sale a su encuentro que le haga saber qué hay detrás de los muros. Se refiere al cementerio al que enseguida se dirigen. Tienen entonces un encuentro con el misterio, pues las tumbas con las que se encuentran no encierran restos ni difuntos, sino que los esperan: Galván, Leonís, Yvaín y de muchos otros caballeros. Pero hay una tumba que es mucho mejor que las demás, de la que se dice que:

*Antre les autres une an trueve
De marbre, si sanble estre nueve,
Sor totes autres riche et bele.*

[Encuentra entre las otras una de mármol, que parece nueva, más rica y bella que todas las demás]

Lanzarote le pregunta al monje por esta tumba, más bella y digna que las demás y él le contesta que no hay un sarcófago como este, ni tan rico, ni tan bien labrado, tan bonito por fuera pero más aún por dentro y con una losa tan descomunal que se necesitan siete hombres fuertes para poder moverla. Y dice la inscripción:

*Cil qui levera
cele lame sens par son cors
gitera ces et celes fors
qui sont an la terre an prison,
Don n'ist ne sers ne gentix bon
Qui ne soit de la antor nez
N'ancor n'en est nus retornez;*

[Aquel que levantará esta losa con su propio cuerpo liberará a aquellos y aquellas, a los que están en la tierra y en la prisión, donde no hay ni siervo, ni gentilhomme ni nadie que pueda retornar].

Por la concepción cristiana medieval, la referencia es más que evidente. Este sepulcro pertenece al Libertador de los que están en la tierra del cautiverio: Se refiere, en un sentido alegórico, al Infierno y a la muerte aunque, por el discurso literal de la novela, podemos afirmar que se trata también de la tierra de Gorre², pues, las palabras que están escritas en la losa son las que anteriormente ha pronunciado Meleagant en la corte del rey Arturo. Además, de esta tierra, se añade en este momento que «solo las gentes del país van y vienen y franquean los límites a placer». Se refiere, en este caso a Meleagant, pero siguiendo la lectura alegórica de esta obra, se refiere a los esbirros del maligno, es decir, el demonio. Dicho de otro modo: Meleagant encarna el mal, el cautiverio y la descortesía mientras que Lanzarote, y por una relación metonímica también la corte de Arturo y su tierra, encarna el bien, la libertad y la virtud.

Lanzarote ha movido la losa y el monje ha quedado impresionado por la gran proeza que ha visto, pues ha entendido que el caballero al que acompaña es aquel por quien reza la inscripción. Tanto es así que quiere saber de él y le pregunta por su nombre. La respuesta, no obstante, no satisface a la demanda del monje pues cuando pregunta por su nombre, Lanzarote le contesta: «Je non, fet li chevaliers, par ma foi». ¿Qué significa este «yo no»? ¿Acaso no ha sido el caballero de la carreta el que ha movido la losa pesada? Parece querer dirigir su atención, no hacia su persona, sino hacia Aquel que lo ha escogido para tal hazaña como caballero. De hecho, él solo se refiere como nacido

2 Otros han relacionado en Otro Mundo con el «mundo de los muertos», pero parece evidente que se refiere al Infierno ya que, más adelante, sí que podrán retornar a la tierra de Logres una vez Lanzarote vence en su aventura.

en la tierra de Logres —Del rëaume de Logres nez—, donde se encuentra la corte del rey Arturo, así también le dice a la doncella cuando le pregunta más tarde:

*«Ne vos ai ge dit que je sui
Del rëaume le roi Artu
Foi que doi Den et sa vertu,
De mon non ne savroiz vos point!».*

[¿No te he dicho que soy del reino del rey Arturo? ¡Por la fe que debo a Dios y a su virtud, de mi nombre no sabréis nada!].

En esa tumba debe yacer el caballero que ha de liberar a todos los cautivos que se encuentran en el reino del que nadie puede salir, es decir, la tierra de Gorre. De nuevo se ponen delante dos conceptos llenos de significado: Logres y Gorre, reforzando la antítesis anteriormente descrita.

El caballero y el monje se separan y, frente a la iglesia, tienen un encuentro el caballero que quería raptar a la dama hospitalaria y su padre, quienes preguntan por el caballero de la carreta. Entonces, todavía con gran asombro, el monje les dice lo que ha visto: «Si a fet mervoilles», y él mismo profetiza que salvará a la reina y a todos los cautivos, sin un atisbo de duda.

6. En la tierra de Gorre

Tras este suceso maravilloso que es la experiencia visionaria de la muerte —recordemos que las maravillas (mervoilles) ocupan un lugar central en la obra y la mística de Chrétien, especialmente en *Li contes*— se encuentra con un vavador, un vasallo, que le ofrece hospedaje y le asegura que nadie podrá hospedarle mejor que él. También este le preguntará por su nombre y, por tercera vez, responderá en los mismos términos, diciendo que pertenece al reino de Logres. Tanto el vavador como su familia se maravillan, «si s’an mervoille duremant» y se entristecen cuando le revelan que se encuentra en la tierra de Gorre, tierra en la que se quedará exiliado y en servidumbre, es decir, en cautiverio.

El vavador le confiesa que ellos también son de la tierra de Logres y que, como tantos, se encuentran en «servidumbre» (servitume). Le explica que son muchos los que se encuentran en este estado, «obligados a permanecer aquí», «confinados» y que ahora que Lanzarote ha entrado tampoco podrá salir. Pero él les contesta que sí que saldrá, cosa que se convierte en un motivo de alegría para la familia pues, como dice:

*Car puis que li uns lëaumant
Istra fors de ceste prison,
Tuit li autre sanz mesprison.*

[Pues cuando uno se libere, saldrán de esta prisión todos los demás sin falta.]

Ellos le creen, pues está escrito que el caballero que acuda a liberar a la reina podrá dar fin con el cautiverio de todos los demás.

La tierra de Gorre se ha entendido como el “reino de los muertos”, aunque verdaderamente se describe con atributos infernales según la concepción cristiana (cautiverio, servidumbre, exilio...), donde es de crucial importancia el entendimiento del descenso de Cristo a los Infiernos para rescatar a los justos. De hecho, en el Nuevo Testamento, a esta “morada de los muertos” se le llama de tres modos distintos: sheol, infiernos y hades por el hecho de no poder gozar de la presencia de Dios, pero también se da a entender que la actitud de los cautivos es de espera.

Y se dice que es de espera porque esperan la venida de un libertador, como dice también el vavasor. La idea principal del descenso no es la de destruir el infierno, como tampoco hará Lanzarote, sino de liberar a los justos de las tierras de Logres. Es más: como vemos en este pasaje, se dice en una carta de Pedro que “hasta a los muertos ha sido anunciada la Buena Nueva” (1P 4, 6), como vemos en el episodio del vavasor, y a Cristo se refieren también palabras como “Príncipe de la vida” (Hch 3, 15), “Señor de la muerte” (Hb 2, 14) y que es que es quien “tiene las llaves de la muerte y del Hades” (Ap 1, 18) y ante quien “toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos” (Flp 2, 10). Todo esto tendrá también su cumplimiento en los episodios sucesivos en la figura de Lanzarote.

A la mañana siguiente Lanzarote se pone en marcha junto con dos hijos del vavasor y se dirigen al puente de la espada por el camino más corto, aunque le han advertido que es también el más peligroso. Cuando se encuentran en el Paso de las Rocas, se encuentran con un caballero y sus criados, que acuden a su encuentro para atacarlos y le reprochan el hecho de la carreta. Lanzarote, de nuevo sin justificarse, vence al caballero y sigue su paso ante la sorpresa de sus acompañantes, que quieren dar testimonio a su padre de las proezas que han visto.

A su paso hacia el Puente de la Espada les sorprende un caballero que quiere albergarlos, cuyo escudero afirma que la batalla ha empezado. Una gran batalla, la más grande descrita en este roman. Dice el escudero:

*«Sire, sire, venez plus tost,
Car cil de Logres sont a ost
Venu sor ces de ceste terre,
S'ont ja comanciee la guerre
Et la tançon et la meslee;
Et dient qu'an ceste contree
S'est uns chevaliers anbatuz
Qui an mainz leus s'est combatuz,
N'en ne li puet contretenir
Passage, ou il vuelle venir,
Que il n'i past, cui qu'il enuit.*

Xavier Roca Ticó. Lanzarote como figura Crística: Misticismo y sacrificio en *El caballero de la carreta de Chrétien de Troyes*

*Ce dient an cest país tuit
Que il les deliverra toz
Et metra les noz au desoz.
Or si vos hastez, par mon los!»*

[Señor, señor, venga más pronto, porque aquellos de Logres están en guerra, han llegado a estas tierras y ya han comenzado la guerra, así como el asalto y el combate; y dicen que en esta región ha surgido un caballero que ha luchado en muchas batallas, y nadie puede evitarle el paso, dondequiera que desee ir, pues nadie se le opone, independientemente de quién sea. Todos en este país dicen que él los liberará a todos y pondrá a los nuestros en desventaja. Por tanto, ¡apresúrese, por mi honor!]

Este pasaje que se anuncia aquí y que refuerza las palabras del vavador se repite para que entendamos que Lanzarote viene a darles cumplimiento. Como decíamos antes, toda rodilla se dobla ante su presencia.

Así pues, se describe una lucha de miles de caballeros. Unos cautivos de las tierras de Logres y el resto de las tierras de Gorre. Lanzarote y los hijos del vavador acuden en ayuda de los suyos y hacen una formidable batalla ante el asombro del resto de los caballeros que preguntan por él. Uno de los hijos del vavador responde que «él es quien nos liberará del exilio y de la enorme desventura a la que por largo tiempo habíamos sucumbido» y afirma, para la alegría de todos, que Lanzarote los sacará de la prisión.

A la mañana siguiente, prosigue su camino hacia el Puente de la Espada pero debe detenerse, por última vez, en una mansión donde es bien acogido hasta que se presenta un caballero algo orgulloso que le increpa por haberse subido a la carreta, por no tener vergüenza y le acusa de loco y de infame por este motivo. Lanzarote, de nuevo, no se justifica ni contesta, pero su invitado añade que le será echado en cara todos los días. El caballero orgulloso le dice que le ayudará a cruzar el río en una balsa (no por el puente), pero a cambio le cortará la cabeza cuando se encuentren en la otra orilla.

*Et dist: “Chevaliers, antant ça,
Qui au Pont de l’Espée an vas:
Se tu viax, l’eve passeras
Molt legieremant et sôef,
Je te ferai an une nef
Molt tost oltre l’eve nagier.
Mes se je te vuel paagier,
Quant de l’autre part te tandrai,
Se je vuel, la teste an prandrai,
Ou se non, an ma merci iert.*

[Y dijo: “Caballero, acércate aquí, el que va hacia el Puente de la Espada: si viajas, cruzarás el río muy fácilmente y suavemente, te llevaré en una nave para navegar rápidamente al otro lado del río. Pero si quiero que pagues, cuando te tenga del otro lado, si quiero, tomaré tu cabeza, o si no, estará a mi merced]

Lanzarote rechaza su ofrecimiento y el caballero orgulloso le reta a batirse en duelo y se lanzan a combatir. El duelo se alarga y Lanzarote recuerda por sus adentros que su lucha consiste en defender el hecho de haber subido a la carreta. Recordemos que la aceptación voluntaria de la carreta es necesaria para la liberación de los cautivos, no es solo una cuestión puntual sino que le acompaña en su camino hasta el punto de fundirse la carreta con el mismo caballero.

Una vez ha vencido Lanzarote, este le perdona la vida si accede a subir a la carreta, pero el caballero orgulloso se niega a tal agravio y, tras un segundo combate y forzado por una doncella, le corta la cabeza viendo que el perdón del caballero orgulloso es un perdón fingido.

7. El puente de la Espada

Al día siguiente se encuentran en la entrada del Puente de la Espada. El agua del río es oscura, negra, asesina, rugiente, densa y espesa. Es un agua descrita como terrorífica, un agua de muerte y que produce espanto. Se dice que no hay un puente igual, que se trata de un puente maligno pues el puente consiste en una espada afilada incrustada a lado y lado por un tronco. Se entiende que la espada está dispuesta de tal forma que el que cruce debe hacerlo por el filo, no por la hoja. Al otro extremo del puente, además, se ven dos leones y dos leopardos que causan gran espanto y estremecen a todos. Tal es el miedo que infunde el puente que los hijos de los vavasor le ruegan que no cruce, que el peligro es demasiado alto. Le aseguran que morirá, sea por el puente, sea por las bestias que aguardan al otro extremo.

Lanzarote les agradece su amistad, pero añade que es necesario llegar al otro extremo con heridas. Se sujeta al filo de la espada con las manos y los pies desnudos y a pesar del dolor y los estigmas que se generan en su manos y sus pies (el costado ya lo tenía herido), avanza con gran destreza reconfortado por el Amor oblativo al que está haciendo frente. Al llegar al otro extremo se da cuenta que no hay leones ni leopardos, sino que todo ha sido fruto del encantamiento.

Desde allí, Lanzarote ve una gran torre desde la que es visto por el rey Baudemagus, rey de la tierra de Gorre, padre de Meleagante. Se dice de Meleagante, que ve la escena del Puente de la Espada, que ha mudado su color y le dice a su padre que ahora vendrá a buscar a la reina. Meleagante tiene un corazón que se describe de madera, no de carne, sin dulzura ni compasión.

Aún así, la hazaña se concluye pues Baudemagus dice que se conceda aquello por lo que ha hecho tan gran proeza y obtenga a la reina y a sus caballeros.

Chrétien dice entonces, como voz narrativa, que ahora quiere hablar de otras cuestiones y se termina aquí el pasaje crístico de Lanzarote para dar paso a la aventura cortesana.

Bibliografía

- Alonso, E. H. (2005) “La configuración literaria del tópico del” Miles christi” entre la Edad Media y el Renacimiento”. Dins Alemany, R. / Martos, J. / Manzanaro, J. (eds.) *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*. (Alicante, 16-20 septiembre de 2003). Valencia, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana.
- J. Ángel Ubieta López (2009): *Biblia de Jerusalén*. Bilbao, Desclée De Brouwer.
- Carasso-Bulow, L. (1976): *The merveilleux in Chrétien de Troyes' romances*. Ginebra, Librairie Droz.
- Cirlot, Victoria (2014): *Grial, poética y mito*. Madrid, Ed. Siruela.
- Cirlot, Victoria (2017): *Luces del Grial*. Barcelona, Alpha Decay.
- Olivares, C. (2019). *Reimaginando los bandidos crucificados con Jesús: Lecturas apócrifas de los Evangelios*. Davar Logos.
- Ribard, J. (2013). *In Chrétien de Troyes. Arthurian Literature and Christianity: Notes from the Twentieth Century*.
- Troyes, Chrétien de. *Le Chevalier de la Charrette*. Bibliothèque nationale de France. Département des Manuscrits. Français 794.